



Economía

HOY

ISSN 2308-9911

Octubre 2016, Volumen 8, Número 74
Publicación bimensual

Editorial

Artículos:

Sobre el salario, la justicia y generación de una mayor demanda

Por: Saira Johanna Barrera, docente e investigadora, Departamento de Economía, UCA.

Civilización del capital frente a la civilización del trabajo

Por: Héctor Samour, docente e investigador, Departamento de Filosofía, UCA.



Universidad Centroamericana
José Simeón Cañas

Departamento de Economía
Publicación bimensual
Universidad Centroamericana
José Simeón Cañas, UCA

Consejo Editorial
Armando Álvarez,
catedrático e investigador del
Departamento de Economía

Meraris López,
catedrática e investigadora del
Departamento de Economía

Saira Barrera,
catedrática e investigadora del
Departamento de Economía

Árbitro externo de esta edición
Alberto Quiñónez,
investigador del Colectivo de
Estudios de Pensamiento Crítico

Edición de textos
Gabriela Burgos

Diseño y Diagramación
Miguel Campos

EDIT

El presente número del boletín *Economía Hoy* está integrado por artículos fruto de dos de las exposiciones realizadas en las VI Jornadas de Reflexión Económica “P. Francisco Javier Ibisate, S.J.”, desarrollada en el mes de agosto, con el título “50 años de investigación económica por la dignificación del trabajo”.

Justamente con el espíritu de visibilizar las injusticias a las que se enfrenta la clase trabajadora, mismas que imposibilitan la dignificación del trabajo, la autora del primer escrito, “Sobre el salario, la justicia y generación de una mayor demanda”, retoma cuatro reflexiones respecto al tema salarial realizadas entre 1994 y 2003, por Francisco Javier Ibisate S.J., mostrando la vigencia de estas.

La autora argumenta cómo la parte de la clase trabajadora a la que Ibisate denominaba ‘peatones del salario mínimo’ ha aumentado en los últimos años y cómo ese salario mínimo pone a estas personas en un ‘callejón sin salida’ al cubrir única y escasamente el monto alimentario.

Las reflexiones de Ibisate que se presentan en el escrito muestran la deuda histórica hacia las y los trabajadores, con afirmaciones de hace diez o veinte años pero que parecieran haber sido escritas ayer. En la actual coyuntura de la discusión del ajuste al salario mínimo, estas cavilaciones deberían exhortar a las y los salvadoreños a tomar el tema de los salarios como bandera de lucha, salarios que en palabras de la autora “garanticen la digna existencia de los trabajadores y las trabajadoras y sus familias”.

Dirección: Boulevard de los Próceres,
Antiguo Cuscatlán,
Apartado Postal (01) 168,
San Salvador, El Salvador

Teléfono: 2210 6600 Ext. 460 y 1013
Fax: 2210 6667
Correo electrónico:
economiahoy@uca.edu.sv
Sitio Web:
www.uca.edu.sv/deptos/economia

ORIAL

En el segundo escrito, el autor presenta una reflexión económica-filosófica sobre la edificación de una civilización del trabajo frente a la civilización del capital, basándose en los escritos de Ellacuría, S.J. y la actualidad de su pensamiento. En el artículo se expone el llamado que Ellacuría realizaba en torno a la necesidad de la construcción de un nuevo sistema socioeconómico donde prime el ‘trabajo humanizador’ por sobre la civilización del capital, cuyo predominio se ha basado en enormes desigualdades entre ricos y pobres, deshumanización del trabajo, depredación ecológica y en la opresión de las mayorías populares.

El autor nos expone cómo casi tres décadas después de que Ellacuría señalaba la imposibilidad de universalización de la forma de existencia capitalista, esta se sigue sosteniendo, incluso conllevando a la humanidad a un estado de ‘ruptura de la solidaridad humana’; producto, efectivamente, de la marginación y exclusión que el sistema provoca, y que para el autor “representa una amenaza para la supervivencia de la humanidad y el futuro del planeta”.

En el artículo se expone que ya Ellacuría vislumbraba las dificultades para la construcción de un sistema alternativo, pues el capitalismo ha logrado ilusionar con la idea de que es la única opción, aun teniendo a su base la sistemática violación de los derechos humanos de las grandes mayorías, para el goce y disfrute de unos cuantos. Sin embargo, se plantea como una tarea inexorable el tratar de construir esa nueva civilización que antes que la individualidad y las ganancias de unas cuantas personas, ponga al trabajo y a la clase trabajadora primero y que rompa con la perpetuación de una distribución injusta, un sistema que en palabras de Ellacuría “sea universalizable y donde haya posibilidades de supervivencia y de humanización para todos. Pero una universalización que ha de hacerse desde la perspectiva de las mayorías populares y los pueblos oprimidos y no desde las minorías privilegiadas”.

Se espera pues, con esta edición de *Economía Hoy*, aportar a la reflexión individual y colectiva que anime a seguir luchando por la dignificación del trabajo, pero sobre todo, por la dignificación humana.

Sobre el salario, la justicia y generación de una mayor demanda

Por: Saira Johanna Barrera

Docente e investigadora, Departamento de Economía, UCA.

Correo electrónico: sbarrera@uca.edu.sv

Para las personas asalariadas, la estrechez del fondo destinado a salarios ha sido muy pernicioso, especialmente ante el desinterés y la incapacidad (financiera e institucional) del Estado para garantizar la suficiencia y calidad de bienes y servicios básicos de acceso público.

Palabras clave: salarios, justicia, demanda.

Para Francisco Javier Ibisate S.J. el tema salarial estaba inexorablemente asociado a la justicia y la dignidad humana, así como a la productividad y a la generación de una mayor demanda por parte de las familias.

En este escrito se retoman cuatro reflexiones de Ibisate en torno al tema salarial y se señala la pertinencia de esas reflexiones respecto a la situación actual de El Salvador.

“Los peatones del salario mínimo manifiestan seria ansiedad por el callejón sin salida en el que se hallan” (Ibisate, 1997a, p. 313). Cuando se refería al tema de los salarios y, particularmente a la situación de los peatones del salario mínimo, Ibisate enfatizaba en que este salario mínimo es un elemento clave en la lucha “por la construcción de la dignidad de la persona humana y por la administración de una pronta justicia” (Ibisate, 1997b, p.5).

Pero, ¿cuántos peatones del salario mínimo existen? No tenemos el número exacto, pero sabemos que las personas incorporadas al ISSS en los últimos años, han estado mayoritariamente ubicadas en el sector terciario y ello ha coincidido con un mayor peso del salario mínimo de ese sector en comparación con su salario promedio, lo cual es indicativo de que las personas incorporadas ganan el salario mínimo o muy cerca de ese monto (Barrera, 2016). Podemos deducir, por tanto, que el número de **peatones** del salario mínimo ha crecido en los últimos años.

Por otra parte, una revisión de largo plazo de la evolución del poder de compra de los salarios mínimos y de la cobertura de estos en relación a diferentes parámetros de costo de la vida, ilustra el callejón sin salida señalado por Ibisate hace 19 años. Según el Departamento de Economía de la UCA (2016) el salario mínimo urbano más alto alcanza para adquirir 1.11 canastas alimentarias y menos de la mitad de una canasta de mercado. Este salario perdió más del 80% de su poder de compra en la década de los ochenta y aún permanece postrado.

De esta manera, considerando esta situación rezagada del salario mínimo real, toma relevancia otra reflexión expuesta por Ibisate: “Es claro que la oferta aún no logra crear su propia demanda y más que consumo privado encontramos muchas *familias privadas de consumo*” (Ibisate, 1994, pp. 313). Ibisate insistía en que el incremento en los salarios era un costo el fin de semana, pero que se traducirían en nueva demanda el lunes

siguiente. Invitaba a los empresarios a hacerse un favor a sí mismos: aumentar los salarios y garantizar, por esta vía, una satisfacción más plena de las necesidades de las personas asalariadas y de sus familias; y un incremento en la demanda de sus propios productos.

Pero sus recomendaciones fueron desoídas. Muestra de ello es que el salario, que es solo una de las fuentes de ingreso de los hogares salvadoreños; es, de hecho, la fuente que menos ha crecido según lo registrado en la última Encuesta Nacional de Ingresos y Gastos de los Hogares (ENIGH) de 2005-2006. Según esta encuesta, el componente salarial era 31% mayor en 2005 en relación a su monto en 1992. Otros componentes crecieron de manera más significativa, especialmente las remesas, cuyo monto fue 829% mayor en 2005 en relación a 1992 (DIGESTYC, 2006)

Por otra parte, el rezago de los salarios también puede asociarse con la mayor importancia relativa de los créditos al consumo: para el año 2015 la proporción que representan los créditos al consumo respecto al total de créditos otorgados fue de 34%, catorce puntos porcentuales por encima de lo registrado en 2005, cuando representaba el 20% (Departamento de Economía UCA, 2016). De esto puede deducirse que, ante la estrechez de sus ingresos por trabajo para cubrir sus necesidades, las familias han recurrido al crédito para financiar su consumo.

En este contexto, es válido preguntarse cuál es la razón por la que los salarios reales han permanecido tan deprimidos. En las explicaciones frente a este cuestionamiento suele aparecer la baja productividad como razón para los bajos salarios. En este punto arribamos a otra de las reflexiones de Ibisate:

El salario mínimo del obrero industrial es de \$144 mensuales, y \$144 es lo que cuesta dormir una noche en un hotel elegante. Por lo visto, ¿es igual la productividad de un mes de trabajo en una industria que la productividad de una cama de hotel en una sola noche? (Ibisate, 2003, p. 2).

Al hacer esta afirmación, Ibisate denunciaba la existencia de dos géneros de vida y de remuneraciones: hay quienes pueden gastar en una noche el equivalente a lo que otra persona gana en un mes de trabajo.

Pero más allá de la distancia entre los géneros de vida, es necesario señalar que los salarios reales y la productividad se han alejado. Suele decirse que si la productividad aumenta lo harán también los salarios, pero algunas estimaciones muestran que ello no ha sido así en El Salvador en las últimas décadas (Departamento de Economía UCA, 2016).

Entonces, ¿por qué los salarios son tan bajos, más bajos aún que la **baja** productividad y que el costo de una canasta que (sub)estima el costo de la vida? No es posible comprender esta situación al margen de los espacios de decisión en el que se establecen los salarios, especialmente el salario mínimo. En este último caso, el Consejo Nacional del Salario Mínimo (CNSM) tiene responsabilidad directa respecto a la precaria situación de estos salarios, derivada de insuficientes y magros ajustes a la tarifa mínima en las últimas décadas. Sin embargo, el CNSM no puede controlar directamente los salarios superiores al mínimo que está bajo su jurisdicción; de ahí que el rezago de los salarios promedio reales esté más vinculado con nulos o insuficientes ajustes nominales de los salarios realizados por las empresas privadas.

Así pues, el padre Ibisate subrayó la postración de los ingresos de las personas asalariadas en relación a los excedentes para el capital; evidenció la brecha existente entre la parte del ingreso nacional que corresponde a trabajadores y trabajadoras; y la parte que constituye excedente bruto de explotación. Esta proporción era de 32.53% para trabajadores frente 62.97% de excedente bruto de explotación y ello no cambió en el periodo entre 1978 y 1990 (Ibisate, 1994).

Podría pensarse que esos datos están desactualizados y que, por tanto, han perdido vigencia. Sin embargo, estimaciones realizadas por el Departamento de Economía de la UCA arrojan un resultado similar al subrayado por Ibisate para el periodo 2005-2014: la participación de la clase trabajadora ha sido de 36.4% en promedio en esos años (Departamento de economía UCA, 2016).

Para las personas asalariadas, la estrechez del fondo destinado a salarios ha sido muy perniciosa, especialmente ante el desinterés y la incapacidad (financiera e institucional) del Estado para garantizar la suficiencia y calidad de bienes y servicios básicos de acceso público. Pero también lo ha sido para la economía nacional. En palabras de Ibisate “La estructura de la distribución factorial y el problema de la demanda deficiente permanecen como una constante” (Ibisate, 1994, pp. 311).

De ahí que se insista hoy, como en su momento lo hiciera Ibisate, en la necesidad de incrementar los salarios y la inversión en las personas, no solo —ni principalmente— con programas de transferencias condicionadas, sino con la provisión de bienes y servicios de calidad y con una adecuación consecuente del salario mínimo para que este cumpla su mandato constitucional de garantizar la reproducción material y espiritual de la fuerza de trabajo. De esta manera, el proceso de producción y crecimiento ocurriría en concomitancia con una mejora en el nivel de vida de la mayoría de la población y no a pesar de ello.

Finalmente, de la visión de Ibisate sobre los salarios se derivaría una propuesta categórica: ajustar los salarios de tal forma que su cobertura y dinámica garanticen la digna existencia de los trabajadores y las trabajadoras y sus familias. Ello debe ser así por una cuestión de justicia, de dignidad humana, pero también por un criterio económico de generación de mayor demanda.

Sus reflexiones y señalamientos siguen siendo vigentes porque a medida que pasa el tiempo, la deuda para con el desarrollo del país se va profundizando y las implicaciones humanas, económicas, sociales y políticas se dejan sentir con más fuerza.

Referencias bibliográficas

Barrera, S. (2016) *Salario mínimo y desigualdad salarial en El Salvador 2003-2014*. Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales, CLACSO. Recuperado de <http://biblioteca.clacso.edu.ar/clacso/becas/20160407022542/CLACSO.pdf>

Departamento de Economía UCA. (2016). *Análisis Socioeconómico de El Salvador. Segundo semestre de 2015*. Recuperado de http://www.uca.edu.sv/deptos/economia/media/archivo/674911_?versionwebanalisis socioeconomico de el salvador.pdf

Dirección General de Estadísticas y Censos, DIGESTYC. (2008). *Encuesta Nacional de Ingresos y Gastos de los Hogares 2005-2006*. Recuperado de http://www.censos.gob.sv/enigh/descargas/ENIGH_Publicacion.pdf

Ibisate, F. (1994). Aportes económicos de las matrices 1978-1990 a los programas de desarrollo: 1994-1999. *Realidad*, (39), 303-344.

Ibisate, F. (1997a). La economía imposible. *Realidad*, (58), 313-332.

Ibisate, F. (28 de septiembre de 1997b). Algunas reflexiones en torno al Salario Mínimo. *Semanario Orientación*, (4999), 5.

Ibisate, F. (2003). La oración del Salario Mínimo “Danos hoy el pan nuestro de cada día”. *Carta a las Iglesias*, (518), 2.

Civilización del capital frente a la civilización del trabajo

Por: Héctor Samour

Docente e investigador, Departamento de Filosofía, UCA.

Correo electrónico: hsamour@uca.edu.sv

Plabras clave: civilización del capital, civilización del trabajo, crítica al capitalismo, utopía

El problema de la universalización de la forma de vida occidental no es solo económico o ecológico, sino también un problema cultural e ideológico que tiene que ver con el mismo modelo de ser humano que promueve el capitalismo y la oferta de humanización y de libertad que hacen los países ricos a los países pobres (...).

Hay que destacar que hace casi cuatro décadas, antes de que se extendieran los discursos y debates sobre el fenómeno de la globalización, Ellacuría adoptó explícitamente el horizonte de la globalidad como el marco de referencia adecuado a partir del cual articular una reflexión crítica de la realidad histórica contemporánea. Los problemas deben ser planteados en relación a una humanidad que ha devenido una a partir de la transformación en nuestro mundo actual del proceso histórico en único para toda la humanidad (Ellacuría, 2001). Lo crítico es que esta unificación fáctica de la humanidad se ha configurado bajo el predominio de la *civilización del capital*, lo cual ha dado como resultado la constitución histórica de una unidad histórica escindida y conflictiva, caracterizada por la presencia masiva y abrumadora de la maldad y la negatividad históricas, constatadas por la existencia de mayorías empobrecidas y pueblos oprimidos (Ellacuría 1989a).

En su último discurso, en noviembre de 1989, con motivo de la concesión a la UCA del premio internacional Alfonso Comín, Ellacuría volvió reiterar la tarea liberadora de los intelectuales en general, en el marco de su crítica radical a la civilización del capital y de su propuesta alternativa de una civilización del trabajo o de la pobreza (Ellacuría 1989b). En esos momentos, Ellacuría ya conocía las dificultades, las desviaciones y los fracasos de los procesos revolucionarios en América Latina, especialmente en Nicaragua, Guatemala y El Salvador, de la perestroika en la ex Unión Soviética, de los graves problemas y de las lacras del llamado “socialismo real”, y las dificultades que enfrentaban las fuerzas progresistas en esa época, en un contexto cultural cada vez más postmoderno y conservador. Sin embargo, él seguía sosteniendo la validez y la vigencia de sus ideas sobre la función liberadora de la filosofía y del paradigma de la liberación.

En ese discurso, Ellacuría habló de la necesidad de promover un nuevo proyecto histórico y de “revertir el signo principal que configura la civilización mundial”, desde la “perspectiva universal y solidaria de las mayorías populares”. Para Ellacuría, la civilización del capital ha ampliado la brecha de ricos y pobres, ha endurecido los procesos de explotación y de opresión con formas más sofisticadas, ha depredado ecológicamente la totalidad del planeta y ha contribuido a la “deshumanización palpable de quienes prefieren abandonar la dura tarea de ir haciendo su ser con el agitado y atosigante productivismo del tener, de la acumulación de la riqueza, del poder, del honor y de la más cambiante gama de bienes consumibles”. El “análisis copro-histórico” de las heces de nuestra civilización —afirmaba Ellacuría— “parece mostrar que esta civilización está gravemente enferma”.

Civilización del capital frente a la civilización del trabajo

Los hechos actuales en el escenario nacional y mundial han venido a confirmar en lo fundamental este diagnóstico y a mostrar la necesidad, por tanto, de la exhortación de Ellacuría de “revertir la historia, subvertirla y lanzarla en otra dirección” con el fin de “evitar un desenlace fatídico y fatal” de la humanidad. El horizonte utópico de esta transformación debe ser la construcción de una civilización del trabajo como sustitutiva de la civilización del capital, en la que la primacía la tenga el trabajo humanizador frente al capital y sus dinanismos, que son los responsables principales del “mal común” predominante en la realidad histórica del presente y de la violación sistemática de los derechos humanos que hoy padecen las mayorías de la humanidad, alojadas fundamentalmente en América Latina, África y Asia.

Un primer paso en esta transformación sería, según Ellacuría, “alimentar y provocar una conciencia colectiva de cambios sustanciales”. Otro paso fundamental sería el de “crear modelos económicos, políticos y culturales” alternativos que hagan posible las transformaciones requeridas en la dirección del horizonte utópico propuesto.

Es en este marco donde la labor política de “los intelectuales de todo tipo, tienen un reto y una tarea impostergables”, decía Ellacuría. No se trata de una tarea fácil, porque hay “una marea ideologizante” contraria a ella, que proclama la supuesta bondad y naturalidad de las llamadas “democracias liberales” occidentales y del capitalismo como alternativas únicas y definitivas para la humanidad. De ahí la necesidad de desenmascarar esta “trampa ideológica” e ir construyendo modelos “que, en un fructífero intercambio de teoría y praxis, den salida efectiva a ideales que no sean evasivos, sino animadores de una construcción histórica” liberadora.

Actualidad de la crítica de Ellacuría al capitalismo

Ellacuría realiza esta constatación desde la realidad histórica latinoamericana, y a nivel global desde los pueblos oprimidos y las mayorías populares:

Una muy pequeña minoría de países que albergan una muy pequeña parte de la población mundial explotan los recursos de la humanidad (el aire que respiramos, el petróleo y las materias primas, los alimentos, la cultura, el poderío militar, el capital, etc.) de una manera masiva, mientras que la mayor parte de los países y la mayor parte de la población no puede disfrutar de esos recursos ni siquiera en forma mínima (Ellacuría 1992, 4).

Es esta situación lo que muestra la verdad real del ordenamiento histórico actual y la verdad que demuestra la imposibilidad de su reproducción y sobre todo, de la ampliación significativa del orden histórico mundial; y demuestra más radicalmente aún, su indeseabilidad, por cuanto no es posible su universalización, sino que lleva consigo la perpetuación de una distribución injusta y depredatoria de los recursos mundiales y aun de los recursos propios de cada nación, en beneficio de una pocas naciones (Ellacuría 1989a, 146-147).

El problema de la universalización de la forma de vida occidental no es solo económico o ecológico, sino también un problema cultural e ideológico que tiene que ver con el mismo modelo de ser humano que promueve el capitalismo y la oferta de humanización y de libertad que hacen los países ricos a los países pobres:

(...) el estilo de vida propuesto en y por la mecánica de su desarrollo no humaniza, no plenifica ni hace feliz, como lo demuestra, entre otros índices, el creciente consumo de drogas, constituido en uno de los principales problemas del mundo desarrollado. Ese estilo de vida está movido por el miedo y la inseguridad, por la vaciedad interior, por la necesidad de dominar para no ser dominado, por la urgencia de exhibir lo que se tiene, ya que no se puede comunicar lo que se es. Todo ello supone un grado mínimo de libertad y apoya esa mínima libertad más en la exterioridad

que en la interioridad. Implica asimismo un máximo grado de insolidaridad con la mayor parte de los seres humanos y de los pueblos del mundo, especialmente con los más necesitados (Ellacuría 1989a, 153).

En esta línea, R. Fernet-Betancourt, entre otros autores, ha señalado la “inversión antropológica” que está generando la globalización neoliberal y que se manifiesta en un cambio profundo de las “condiciones de subjetivización de los seres humanos”. Esto se traduce en la producción de un tipo de ser humano que se hace sujeto “desde la conciencia de ser un propietario y/o consumidor individual y atomizado (...) y desde la percepción de que las relaciones ‘sociales’ con los otros son fundamentalmente relaciones mercantiles” (Fernet-Betancourt, 2001, 342-343), configurando así individuos funcionales a las exigencias de las instituciones del sistema y bloqueando en el ámbito cultural la construcción de una globalización alternativa realmente humana.

La ruptura del fundamento de los derechos humanos y de la convivencia humana

El resultado de toda esta situación es la ruptura de la solidaridad del género humano que lleva a la absolutización del individuo, de la clase social, de la nación o del bloque económico por encima de todo lo demás y de la humanidad misma.

De poco sirve ser hombre para poder contar con lo necesario para sobrevivir, para tener una vivienda mínima, para que los niños enfermos tengan un mínimo de medicinas, etc. Es menester ser norteamericano, europeo, soviético o japonés para poder contar con los recursos suficientes para sobrevivir y para disfrutar de los recursos (...) Es, de hecho, más importante ser ciudadano de un país poderoso y rico que ser hombre, aquello da más derechos reales y más posibilidades efectivas que esto (...) Se tienen derechos por ser ciudadano de un país más que por ser humano, y para defender esos derechos surgidos del nacionalismo se entra en la negación de los derechos surgidos del humanitarismo (Ellacuría 1992, 5-6).

Esta ruptura de la solidaridad humana, que supone en el fondo una ruptura del fundamento mismo de los derechos humanos, lleva consigo a una permanente violación de esos derechos, y que se manifiesta en la situación dramática de los pueblos subdesarrollados.

En esta línea, Franz Hinkelammert (2006) destaca que la estrategia actual de la globalización ha desmoronado las relaciones humanas hasta un punto tal que está afectando la propia posibilidad de la convivencia. “Cuanto mayor es la exclusión de sectores de la población humana, es inevitable la generalización e internalización del comportamiento inhumano de los incluidos respecto de los marginados” (Hinkelammert, 2006, 368). Esta crisis general de la convivencia humana representa una amenaza para la supervivencia de la humanidad y el futuro del planeta, y nos convoca a asumir una responsabilidad individual y colectiva por el globo basada en la afirmación de la vida del otro, con la conciencia de que, en la dinámica de la actual globalización, “el asesinato es un suicidio”.

El horizonte utópico: La civilización de la pobreza o de la austeridad compartida

La crisis que enfrenta actualmente la sociedad capitalista contemporánea abre posibilidades para implementar un proyecto humanista y alternativo a la globalización neoliberal, que supere el “mal común” (Ellacuría, 1999, 447-450) que la caracteriza y promueva la construcción histórica de una nueva civilización, ya no regida por las leyes del capital, que incluya a todos en sus beneficios, garantice de modo estable la satisfacción de las necesidades básicas y haga posible las fuentes comunes de desarrollo personal y las posibilidades de personalización. Se trata de pasar de una civilización que hace de la acumulación del capital el motor de la historia, de su posesión y disfrute elitista el principio de humanización, y del derecho de todos a derecho de unos pocos, a una civilización de la austeridad compartida, una “civilización de la pobreza” o del trabajo, como la llamaba I. Ellacuría.

Civilización del capital frente a la civilización del trabajo

La tarea hoy es la tarea de imaginar, y tratar de crear, esa nueva civilización. Y es que no hay ninguna certeza de que el paso de una totalidad histórica a otra distinta traiga otra mejor en términos humanos y liberadores. Como dice I. Wallerstein, “la transición de un sistema histórico a otro (...) es necesariamente incierta en cuanto al resultado, pero siempre toma la forma de un torbellino caótico que desestructura lo familiar y que entretanto nos confunde a todos” (Wallerstein 2005a, 65).

No existe una legalidad o necesidad histórica inexorable que determine fijamente el curso de la historia hacia una dirección determinada. Ellacuría sostenía, contra las visiones deterministas de las filosofías ilustradas de la historia, que la necesidad histórica es un tipo de necesidad que no excluye el azar y la indeterminación (Ellacuría, 1990).

Según esto, la transformación de la sociedad mundial actual hacia otra distinta que la sustituya puede ir en direcciones imprevisibles. Se puede salir de la transición del capitalismo histórico a otro sistema, con un nuevo sistema igualmente asimétrico e inequitativo, o bien con un sistema realmente equitativo y democrático (Wallerstein 2005b). Pero el que esto último se dé dependerá, en parte, de que surjan fuerzas antisistémicas capaces de organizar una estrategia significativa y relevante de cambio y se elabore, asimismo, un renovado pensamiento crítico que, partiendo de la negatividad de la situación y de la necesidad de superarla, posibilite la generación de soluciones, tanto coyunturales como estructurales, en todos los ámbitos de la realidad histórica. De lo que se trata es de contribuir a diseñar y a realizar históricamente las instituciones concretas por medio de las cuales pueda expresarse finalmente la liberación humana.

Ellacuría propone una nueva civilización, un proyecto global que sea universalizable y donde haya posibilidades de supervivencia y de humanización para todos. Pero una universalización que ha de hacerse desde la perspectiva de las mayorías populares y los pueblos oprimidos y no desde las minorías privilegiadas. Frente al principio de universalización vigente en la actualidad, caracterizado por ser más bien un principio de uniformización impuesta y regida por las leyes del mercado económico,

ha de generarse un universalismo no reductor, sino enriquecedor, de modo que la riqueza entera de los pueblos quede respetada y potenciada, y las diferencias sean vistas como plenificación del conjunto y no como contraposición de las partes, de modo que todos los miembros se complementen y en esa complementación el todo quede enriquecido y las partes potenciadas (Ellacuría, 1989a, 156).

En otras palabras, “visto el problema en su totalidad mundial y desde la perspectiva de las necesidades reales y expectativas de la mayor parte de la población mundial, esa civilización de la riqueza y del capital ha de ser superada radicalmente” (Ellacuría 1989a, 170). Se trata, según Ellacuría, de revertir el signo principal que configura la civilización mundial, lo cual supone “comenzar de nuevo un orden histórico, que transforme radicalmente el actual, fundamentado en la potenciación y liberación de la vida humana”. Este “comenzar de nuevo” no supone un rechazo total del pasado, pero tampoco significa simplemente ponerse a hacer cosas nuevas en desarrollo lineal con el hacer anterior. “Significa un real comenzar de nuevo, ya que lo viejo, en tanto que totalidad, no es aceptable, ni es tampoco aceptable el dinamismo principal (Zubiri) que lo impulsa”.

Este proyecto de un nuevo orden histórico mundial consiste en la afirmación utópica de una ‘civilización de la pobreza’, entendida como la negación superadora de la civilización del capital o de la riqueza y de su dinámica fundamental:

La civilización de la pobreza (...) rechaza la acumulación del capital como motor de la historia y la posesión-disfrute de la riqueza como principio de humanización, y hace de la satisfacción universal de las necesidades básicas el principio del desarrollo y del acrecentamiento de la solidaridad

compartida el fundamento de la humanización (...) La civilización de la pobreza se denomina así por contraposición a la civilización de la riqueza y no porque pretenda la pauperización universal como ideal de vida (...) lo que aquí se quiere subrayar es la relación dialéctica riqueza-pobreza y no la pobreza en sí misma. En un mundo configurado pecaminosamente por el dinamismo capital-riqueza es menester suscitar un dinamismo diferente que lo supere salvíficamente (Ellacuría 1989a, 170-171).

De esta forma se propone construir una nueva sociedad mundial ya no estructurada por las leyes del capital y que le dé primacía “al dinamismo del trabajo humanizador”; una sociedad, por consiguiente, configurada de un modo distinto de la actual, “porque su principio configurador es totalmente distinto”. En esta línea, se propone concretamente la constitución de un orden económico que garantice de modo estable la satisfacción de las necesidades básicas y que haga posibles las fuentes comunes de desarrollo personal y las posibilidades de personalización. A este nuevo orden económico, le debe corresponder un nuevo orden social, en el cual se posibilite el que los pueblos sean cada vez más sujetos de su propio destino y tengan mayores posibilidades de libertad creativa y de participación. Y esto significa que se le debe dar más peso a lo social que a lo político, sin que eso signifique promover un individualismo como forma suprema de humanización.

Este ideal utópico de una plena libertad para toda la humanidad solo puede ser posible por la puesta en marcha de un proceso de liberación cuyos sujetos principales deben ser justamente las mayorías populares y los pueblos oprimidos del planeta.

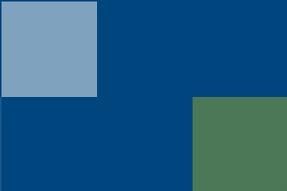
La revolución que se necesita, la revolución necesaria, será aquella que pretenda la libertad desde y para la justicia y la justicia desde y para la libertad, la libertad desde la liberación y no meramente desde la liberalización, sea ésta económica o política, para superar así el mal *común* dominante y construir un *bien común*, entendido éste en contraposición de aquél y procurado desde una opción preferencial por las mayorías populares (Ellacuría 1989a, 178).

Referencias bibliográficas

- Ellacuría, I. (1989a). Utopía y profetismo: un ensayo concreto de soteriología histórica. *Revista latinoamericana de teología* (17).
- Ellacuría, I. (1989b). El desafío de las mayorías pobres. *Estudios Centroamericanos (ECA)* (493-494).
- Ellacuría, I. (1990). *Filosofía de la realidad histórica*. San Salvador: UCA Editores.
- Ellacuría, I. (1992). Subdesarrollo y derechos humanos. *Revista latinoamericana de teología* (25).
- Ellacuría, I. (1999). El mal común y los derechos humanos. en *Escritos filosóficos*, t. 3, UCA Editores.
- Fornet-Betancourt, R. (2001). *Transformación intercultural de la filosofía*. Bilbao: Descleé.
- Hinkelammert, F. (2006). La globalidad de la tierra y la estrategia de la globalización. En Borón A., Amadeo J. y González S. (compiladores). *La teoría marxista hoy*. Buenos Aires: CLACSO.
- Wallerstein, I. (2005a). *Un mundo incierto*. Madrid: Libros del Zorzal.
- Wallerstein, I. (2005b). *Después del liberalismo*. 2a edición. México: Siglo XXI-UNAM-Centro de Investigaciones Interdisciplinarias.

Economía HOY

Octubre 2016, Volumen 8, Número 74
Publicación bimensual



Vea las normas editoriales en el sitio web del Departamento de Economía (<http://www.uca.edu.sv/deptos/economia/>) en "Información para autores" y envíenos su contribución al correo economiahoy@uca.edu.sv. Recibimos contribuciones durante todo el año.

Las contribuciones recibidas son evaluadas anónimamente (el consejo editorial no conoce la identidad de quienes las envían).

